

# LA CECI

OBRA PARA UN ACTOR

RAÚL DE CÁRDENAS

©Raúl De Cárdenas, 2006/2007

Todos los derechos reservados. All rights reserved.

Propiedad del autor. Ownership by the Author.

All rights, including professional, amateur, motion pictures, recitation, lecturing, public reading, radio broadcasting, television and the rights of translation into foreign languages are strictly reserved. In its present form the play is dedicated to the reading public only.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra o su puesta en escena sin la autorización previa del titular del *copyright*.

©Raúl De Cárdenas

Email: [silverlakeru@aol.com](mailto:silverlakeru@aol.com)

2960 Avenel Terrace

Los Angeles, CA.

Teléfono: 323 664 2888

www. <https://dramaturgiacubanadeexilio.org>



# LA CECI

## PERSONAJE ÚNICO: La Ceci

*La acción transcurre una noche de cualquier mes de 1995, en el camerino de un cabaret gay de Miami Beach.*

*Por todas partes el vestuario y los accesorios de un transformista, los trajes de noche, las boas, los zapatos, los sombreros, las pelucas, etc. Al fondo de la escena, una mampara de donde cuelgan algunas prendas del vestuario. En el centro de la escena una silla y una mesa. En la mesa el marco de un espejo bordeado con luces redondas donde se maquilla el artista. La mesa está situada de frente al público y no tiene espejo, de manera que los espectadores puedan ver al actor que interpretará, cuando lo indique la dirección escénica, la pantomima de maquillarse frente al espejo invisible. Sobre la mesa toda clase de pinturas, polvos, creyón labial, cepillos, brochas, etc., el marco de una foto de Eddy de tamaño regular, y una velita encendida frente a la imagen de una pequeña Santa Bárbara. El teatro se oscurece lentamente. Se escucha una conocida canción de Celia Cruz, famosa por su voz y sus extravagantes pelucas y vestidos. Un reflector ilumina una esquina de la escena donde La Ceci, primero de espaldas, gira al ritmo de la música, dirigiéndose al público e interpretando la canción, vestida exactamente como Celia Cruz, con todos sus manierismos y movimientos. Gritos y aplausos. Al final de la interpretación La Ceci se mueve hacia el centro de la escena que es su camerino. Cojea ligeramente, levantando la falda para no tropezar. Durante el transcurso de la pieza el actor se moverá libremente en su camerino cambiándose de vestuario, peluca, etc., convirtiéndose en otros personajes, hasta llegar al final cuando se transforma en Cecilia Valdés, la última interpretación de la noche. Utilizará la mesa con el espejo para hacer la pantomima de retocarse su maquillaje, colocarse las pelucas, etc. Todo esto debe estar marcado por la dirección escénica. cuando se determine la duración de la pieza, la producción podrá decidir si se dejan todos los números musicales, si se eliminan algunos, o si el texto debe ser editado para facilitar la representación. La obra se ofrece sin intermedio, pero puede ser dividida en dos actos.*

**Nota del autor:** *si el presupuesto de la producción lo permite, se podría tener una pantalla en el fondo de la escena donde se podrían proyectar vistas, imágenes y fotos de acuerdo con el texto y la escena.*

CECI. Ya se me jodió el tacón. A ver si me jorobo un tobillo y tengo que cantar *El yerbero moderno* con la pata entablillada. (*Se quita el zapato y lo examina*). Lo barato es barato, caballeros. Estos chinos fabrican de todo, pero no saben hacer nada. Miren esta mierda de zapato. Me cago en Wal-Mart. El *glamour* no se consigue en *special*. (*En inglés, pero con acento*). (*Al público con el zapato en la mano*). Esta es mi tarjeta de presentación. (*Muestra el zapato*). Zapato de tacones... peluca... vestido... rellenos de la engañadora y una voz masculina que no va ni con el zapato, ni con la peluca, ni con el vestido, ni con los rellenos porque yo soy solamente una imitación, una copia del original, oro de 18 “quililitos”. (*Sonríe. Se deshace del zapato y se quita el otro, pero permanece por el momento con el vestuario de Celia Cruz. Presentándose*). Cecilio Agustín Quintero, que fue conocido en casa de su abuela como “Cecilito-ven-acá”, por su padre cuando estaba molesto como (*voz grave*) “Cecilio Agustín, ¿tú no sabes lo que es no?”, por el degenerado de Horacio, vecino de mis tías, como “pajarito”, por los americanos como (*imitando el acento inglés*): “Cecilio Ogosten Cuintero”, y ahora aquí en Miami Beach, antes en Nueva York, y cuando comencé en La Habana, como La Ceci.

Para la próxima, “Celia”. Me voy a tener que poner el otro par hasta que encuentre un poco de cola para pegarlo porque salir a escena con este así es un peligro... y con uno en el hospital, basta. Un tacón roto, no es nada. La vida está llena de tacones rotos y uno tiene que seguir, con zapato o sin zapato, en chancleta o sin chancleta, cojeando o no.... ¿no decían allá que pa’tras ni pa’ coger impulso? (*Sonríe*). Pues por eso estoy aquí y dejé todo aquello que se lo comiera la mierda. Dios solo sabe lo que he tenido que hacer para sobrevivir esta puta vida. (*Rápidamente*). No la vida loca, sino la puta vida, que es muy diferente. (*Se ríe*). Hay locas que son putas, pero no hay puta loca. Y hay que seguir viviendo porque no queda más remedio, porque para eso me hubiera tirado de un puente en Cuba y muerto el perro se acabó la rabia. Y yo no quiero que nadie se me equivoque... porque debajo del vestido, la peluca y los aretes hay un par de “esos” bien puestos. Las cosas claras y el chocolate espeso.

(*Respira*). Tengo que seguir, no solo por mí porque yo no soy tan importante, sino por Eddy. (*Con ternura toma la foto de Eddy*). Eddy está en el hospital y bien jodido que está. Eddy es lo único que tengo, y lo único que tiene Eddy soy yo. Él se ocupó de mí en los momentos más negros de mi vida, cuando pensé que salir de aquel hoyo que me tragaba era imposible. (*Coloca la foto sobre la mesa*).

Hay gente que no cree en nada, y yo no creo en mucho, pero yo sí creo en los ángeles. Ángeles que están en nuestro alrededor, día a día, y no necesariamente de esos que pintan en los óleos y ponen en las iglesias con alas volando por el cielo entre las nubes. No, son ángeles que se visten como nosotros y que caminan por la calle y están siempre dispuestos a darnos una mano. Eddy siempre ha sido el mío. Mi ángel. Mi compañero. Mi mejor amigo. De eso no hay dudas. (*Enfáticamente*). Mi mejor amigo. Y cuando digo “amigo”, no quiero decir otra cosa, porque Eddy y yo nunca nos hemos acostado, ni hemos tenido sexo. Porque si hubiese un pasado, lo diría.

Pero la malicia transforma las acciones más inocentes en la más horrible perversión. (*Transición. Fingiendo una voz de mujer como si hablara por teléfono, llevándose al oído una mano en forma de receptor*). “Sí, hija, sí... ¿tú eres boba o qué? Si me lo dijo Elisa, que el marido es *super* del edificio donde ellos viven y el apartamento es de un solo cuarto. Y en el cuarto solo hay una cama. (*Recalca escandalizada*). Una cama, mi’ja. (*Recalca nuevamente*). Y un solo cuarto. Ellos dicen que son amigos... (*Con gran sarcasmo*). ¿Tú te estás creyendo eso?... (*Despectivamente*). Amigos.... (*Ríe*). Dice Elisa que son “marielitos”, pero creo que soy siameses... No se separan. (*Ofendida*). Eso no es normal, hija, eso no es normal. Para la edad que tienen esos muchachos ya era hora que se hubieran casado. Lo dice la Biblia. La unión de un hombre con otro hombre es una “abreviación” ... ¿eh?... “abreviación”, hija... ¿cómo?... “abreviación”, la desviación de lo que es normal... ¿eh?... aaaah, ¿aberración? sí, jeso mismo! Una aberración. Yo te digo a ti que si un hijo mío me hubiese salido así le hubiese puesto vidrio molido en el caldo gallego”.

(*Transición*). En realidad, yo no diría que Eddy y yo somos amigos... ¡nah!... Somos como familia. (*Breve pausa*). No-no-no... “como” no. (*Enfáticamente*). “Somos” familia. Total, si los que dicen ser su familia le prestan la atención que se le presta a un perro sarnoso. Nadie se quiere hacer cargo de un despreciable maricón. Eddy dice que lo que el tiene no es nada, que la peor enfermedad del mundo es la indiferencia. Y ahora está muy delicado. Las consecuencias de ser bonito. Yo le decía que él era como Marilyn Monroe, que todos los hombres la deseaban, hasta los que se quitaban el anillo para esconder que eran casados. Pero en la época de la Monroe el sexo era menos peligroso y si uno tenía la mala suerte de pescar algo feo, con una inyección de penicilina se resolvía el caso.

Hoy es muy diferente. Demasiado sexo sin siquiera preocuparse por ponerse un condón es la guillotina. El médico dice que no hay que desesperarse, que todavía tiene probabilidades de salir de todo eso, pero yo no estoy seguro. Yo voy todos los días a verlo y me quedo con él hasta que vengo para acá. Me siento al lado de su cama y le agarro la mano y le hablo porque a veces él ni siquiera tiene fuerzas para hablar. Le hablo de cosas lindas, de nuestro pasado, de nuestras aventuras, de este *show* que él tantas veces ha visto, de la ilusión del regreso algún día y le canto... le susurro... su canción favorita, un bolero que canta Celia Cruz que he incluido en mi repertorio, y en su rostro veo el dibujo de una sonrisa hasta que se queda dormido. Quizás sueñe con otro mundo que le alivie un poco su enfermedad, el mundo de sus palmeras. *(Transición. Cambio de luces. Interpreta con su voz o puede doblar una de estas dos canciones: Siento la nostalgia de palmeras o Nostalgia habanera. Después de esta canción, mientras habla, el actor se podrá despojar del vestuario de Celia Cruz de manera que pueda incorporar otros vestuarios durante el transcurso de la acción. Habrá un número de interpretaciones y la dirección escénica determinará dónde hay cambio de vestuario, peluca, etc. para que la acción no se detenga. Iluminación anterior a la canción).* En el hospital hay una enfermera nicaragüense, Nancy, que es muy buena y lo atiende como si fuera su hijo. No le tiene miedo a los vómitos, ni a las diarreas. Ella me prometió que si pasaba algo me llamaba enseguida.

*(A Nancy).* Usted me llama, no tenga pena, a la hora que sea, por favor. Yo me voy tranquilo porque usted esta aquí.

*(Continúa).* Ella sabe que yo, legalmente, no puedo hacer nada y que, si hubiese que tomar una decisión yo sería un cero a la izquierda, porque a la ley le importa un carajo los años que hemos compartido como si fuésemos uno solo. No es justo que se vaya tan pronto cuando hay tanta gente mala que sigue viviendo. Gente que ha hecho daño, mucho daño, y que sigue haciendo daño, y que aquí en Miami se dicen cristianos, y allá se dicen humanistas, y utilizan esa misma palabrería elegante para darse golpes de pecho en la iglesia, o para gritar frente a un micrófono que para la revolución todos somos iguales.

*(Breve pausa).* Eddy y yo nos conocimos en Cuba hace mucho tiempo y la amistad fue instantánea. Él es mucho más joven que yo y siempre tenía problemas en su casa y nos hicimos muy amigos. Aunque pintaba muy bonito y yo le decía que sería el próximo Picasso cubano, Eddy me decía que él quería ser poeta, y siempre me estaba recitando versos de la Avellaneda, o de José María Heredia o de Jacinto Milanés. Su favorito era *Ausencias y recuerdos* de Rafael María de Mendive, que fue maestro de José Martí.

No es, no, de amor la pena que me abrumba,  
no es de celos la fiebre que me abrasa,  
no es de acero el puñal que me traspasa,  
ni es de fastidio mi dolor, en suma  
es una imagen leve como espuma,  
que vive en mi alma y de mi ser no pasa,  
y que está siempre cual flotante gasa  
suspensa entre mis ojos y mi pluma.  
Un vago sentimiento, una memoria,  
mezcla feliz de lágrimas y horrores,  
de afán supremo y borrascoso duelo:  
la ausencia, en fin del centro de la gloria,  
el recuerdo de Cuba y sus flores,  
y el adiós de sus palmas y su cielo.

Cuando nos reuníamos, que era casi todos los días, nos íbamos del barrio por unas horas para poder vivir un poco en otra parte de La Habana, en esa Habana de noche que era lujuriosa y divertida, sin que nadie nos jodiera. (*En la lejanía se escuchan gritos de “¡Fidel! ¡Fidel!”*, “*¡Venceremos! ¡Venceremos!*”). Era la época cuando las familias se partían en dos y se convertían en enemigos y dejaban de hablarse, y los “comités” comenzaban a vigilarlo todo, y la gente comenzaba a irse porque la esperanza de una democracia se esfumaba día a día. Se desbarataban las ilusiones y se sembraba el odio. Cuando aquello la represión del homosexual era espantosa. No nos perdían ni pie ni pisada porque el homosexualismo, según ellos, era un vicio capitalista que la revolución había venido a erradicar y el que movía las caderas con demasiada ondulación terminaba de cabeza en una de esas Unidades Militares de Ayuda a la Producción, que no eran más que campos de concentración a la cubana.

(*Breve pausa*). En realidad, aquello no tenía que ver nada con la mariconería de algunos. La mariconería era una de las excusas. Y la represión no era simplemente contra el homosexual sino contra todo aquel que ellos consideraban peligroso. Escritores, poetas, y hasta Testigos de Jehová fueron a parar a aquellos campamentos tan odiosos.

(*Reflexivo*). Eddy y yo éramos pájaras de la burguesía que estábamos chupando pitos y dando el culo por la calle y no estábamos de acuerdo con el gobierno. Y eso era una ofensa doble. O te ponías el difraz de “John Wayne”, y te aprendías el texto de “la historia me absolverá”, y te perdonaban... o te enviaban a la UMAP (*nota del autor: siglas de Unidades Militares de Ayuda a la Producción*), donde se intentaba “reeducar” al homosexual.

(*Con cierta ironía*). Los cubanos tienen una forma muy peculiar de reaccionar cuando es cuestión de mariconería. Si eres un famoso compositor de melodías inolvidables, te lo perdonan y te tararean una de sus canciones diciendo que puso el nombre de Cuba muy alto, pero si eres un jovencito al que le gusta maquillarse y salir a la calle con un bolso al hombro, eres un perverso sexual, un “invertido”. Una vez en el carnaval de *halloween* de Cayo Hueso, un joven que me reconoció me tiró unas flores y me gritó “you go, girl”. (*Ceci sonrío, lo saluda y le tira un beso*). Pero uno que pasaba por su lado enseguida no perdió tiempo en gritar “maricoón”. (*Ceci sonrío, lo saluda y hace un gesto obsceno con el dedo del medio*). Ese tenía que ser cubano. Cuando un cubano grita esa ofensa le da un tono especial. No existen más palabras y adjetivos en el vocabulario cubano que las que se utilizan para definir al homosexual. Tal parece como si estuvieran leyendo un libro de zoología porque todos los homosexuales son pájaros, patos, pargos, chernas, y yeguas.

(*Sonríe*). Y si la cuestión es de nalgas, o como dirían en Cuba, de culo, el asunto es aún más delicado. El cubano padece de una terrible paranoia prostática-hemorroidal porque no le gusta que le toquen el culo. Prefieren no ir al médico que tener que ponerse de espaldas, abrir las piernas y que le metan el dedo. Aunque le cueste la vida prefiere ponerse una pomada en el ano que tener humillarse ante un médico y que le “traqueteen” el hueco.

Aquí, en los Estados Unidos, es todo lo contrario. En cualquier juego de fútbol los jugadores constantemente se tocan el culo y se dan nalgadas de estímulo como si las nalgas fuesen un amuleto de la buena suerte. Pero en Cuba... en Cuba las nalgas eran sagradas.... al que le tocaran las nalgas estaba marcado para el resto de sus días. El que se dejaba tocar las nalgas en Cuba y no defendía su honor era mejor que se mudara de barrio. El fondillo cubano siempre ha sido intocable. ¡Hasta para las mujeres! A ninguna les gusta que los hombres se lo toquen.

(*Rápidamente da un salto, volteándose e imitando la voz de una mujer, reacciona con furia*). “Oiga, ¿qué se ha figurado, usted? .... échese para allá que yo no soy pan y usted no es jamón. A mí no me importa si la guagua está llena o no, pero no se me pegue.... Ah, ¿sí?”

*(Irónicamente)* ¡No me diga! Así que con usted no hay coco... ¡pues mire, despéguese la palmera! ¿Usted se figura que yo nací ayer? ¿O usted quiere que le dé un carterazo? ¡Vaya a tocarle las nalgas al guaguero!”.

*(Breve pausa. Se voltea e imita la voz de otra mujer)*. “No me toques el fondillo, Chicho.... no me lo toques.... me lo vuelves a tocar y me levanto... Te lo dije, coño, vete a tocarle las nalgas a tu abuela”.

*(Breve pausa)*. Cuando pasó lo del Mariel decidimos que aquel era el momento de salir de aquel infierno. Entonces o nunca. En el Mariel, Fidel perdió la batalla contra nosotros. Se tuvo que dar por vencido, porque después de perder tanto tiempo en reformarnos, en leernos la cartilla revolucionaria y tratar de lavarnos el cerebro nos tuvo que dejar salir. No les quedó más remedio. Eddy tenía miedo. Pero le dije que, si no aprovechábamos el momento, en la libreta de racionamiento no iba a encontrar ni cigarrillos americanos, ni vaselina.

*(A Eddy)*. Pero Eddy, ¿tú no ves que si no aprovechamos ahora jamás vamos a poder salir de aquí? ¿Quién nos va a reclamar? Aquí no hay futuro para nadie y menos para nosotros. Nada más que abres la boca y las brigadas de repudio te entran a palos. Si en otros países donde de verdad hay democracia el homosexual todavía está peleando por sus derechos, ¿tú crees que aquí nos van a respetar? Por favor, de aquí hay que irse. Por supuesto que yo no quiero dejar a mi madre, pero allá le puedo resolver más que si me quedo aquí, y ella ya me dijo que no se iba, que quería morirse aquí para que la entierren con papá. *(Impaciente)*. Eddy... ella misma me dijo que me fuera y que te llevara conmigo. Para ella tú eres como un hijo y sabe perfectamente que tú y yo aquí no pintamos nada. ¿Tú te crees que todos esos que se metieron en la embajada de Perú lo hicieron porque se quieren ir de vacaciones al Machu Pichu a ver si le pueden tocar la “pichu” al “machu”? *(Firme)*. Chico, por favor, acábate de decidir porque yo quiero ser libre y yo de aquí no me voy sin tí.

*(Al público)*. Lo agarré por un brazo y me llevé un abanico que tenía mi abuela y así nos presentamos en la estación de policía. Eddy estaba que se cagaba del miedo. Los más hombrecitos son siempre los más miedosos y las más pájaras somos las más valientes. *(A Eddy)*. Déjame hablar a mí. ¿Cómo que qué voy a decir? *(Con cómico sarcasmo)*. Que Fidel Castro no se deja coger el culo. ¡Mira que tienes cosas! Tú cállate la boca y déjame a mí.

*(Al público)*. Cuando entramos en la estación de policía, agarré a Eddy de la mano, como si fuese mi “marinoviejo”, y abrí aparatadamente el abanico, así como si fuese la marquesa Revilla de Camargo y le dice al primero que me encontré... *(Extremadamente afeminado)*. “Compañero, por favor, ¿aquí es donde dan el permiso para conseguir dos boletos para uno de esos yates fabulosos que se van para Miami?”.

*(Al público)*. Con la cara que parecía que se había tomado un purgante nos dijo que habláramos con un tal Mendieta.... que yo creo, por la forma en que miró a Eddy, que tenía el “revólú” en el *closet*... un poco más y le hubiera pedido que se bajara los pantalones. Yo le dije que Eddy y yo éramos un “compromiso”, y él me preguntó qué cosa era eso, y yo le dije que igualito a un matrimonio, pero sin la firma del notario, ni la bendición del cura y los dos usando calzoncillos. *(Ríe)*. Y en menos de lo que uno dice “patria o muerte” ya estábamos acomodados en nuestra lancha camino de libertad.

*(Se escucha música de salsa. Sonríe)*. No pudimos conseguir asientos de primera, pero la cuestión era irse de aquel infierno sin mirar para atrás. Fue uno de esos pocos momentos de inmensa felicidad que he tenido en esta vida, de pie allí, en aquel barco que parecía que iba a reventar, apretados como sardinas, al lado de mi mejor amigo, con el aire y la sal en el rostro, y el corazón que se me quería salir del pecho, desesperado por desembarcar en Miami y comenzar a vivir de nuevo y ser libre para siempre.

*(Breve pausa)*. Desde que tuve uso de razón yo sabía que no era como mis primos, como mis compañeros de escuela... yo no sé porqué nací así, pero yo siempre he sido así. *(Irónicamente)*. A mí no me dieron un catálogo para que yo seleccionara mi sexualidad.

*(Finge una voz que llama)*. “¡El que sigue, número 47! ¡Cecilio Quintero!” *(Breve pausa. Repite en voz aún más alta)*. “¡Cecilio Quintero!” *(Hace como si abriera un libro)*. “Mira, niño, ven acá, y escoge lo que más te guste.... No, no, no, no... esa es una lesbiana, esa no la puedes escoger... tiene que ser hombre.... sí, ya sé que la selección no es muy variada, pero no hay otro remedio... homo o hetero”. *(Irónicamente, con su propia voz)*. Yo quisiera que alguien me dijera a qué edad escogieron ellos ser heterosexuales.

*(Breve pausa)*. A mí el cine me fascinaba, era como entrar en un mundo donde podía escapar de la realidad y donde mi imaginación me permitía transformarme en aquellos personajes maravillosos que veía en la pantalla. Hollywood había conquistado a un público que no hablaba inglés con sus películas de aventuras y sus comedias musicales. *(Se escucha el rugido del león de la MGM)*. Era un universo inventado en California, lleno de ridículas incongruencias, pero al público no le importaba porque estaba presentado a todo color, con las más bellas canciones y coreografías. *(Se escucha la música de introducción de las películas de las 20<sup>th</sup> Century Fox)*.

*(Sonríe)*. En *Carnaval en Costa Rica*, la música no era ni de costa, ni de rica, sino del famoso Ernesto Lecuona. En *Fin de semana en La Habana*, los ritmos eran brasileiros. En *South Pacific*, Rossano Brazzi, que era italiano, interpretaba un francés. En *La vuelta al mundo en 80 días*, Shirley MacLaine era una princesa hindú, y en *El rey y yo*, Rita Moreno era la doncella Tuptim, regalo de Burma al rey Yul Brynner. Quizás en la corte de Tailandia se comía arroz con gandules. *(Ríe)*. Pero el colmo fue cuando hicieron cubano a Spencer Tracy en *El viejo y el mar*. *(Sonríe)*. A cualquiera le hubiese gustado ser como Errol Flynn, tan gallardo, tan hermoso, seduciendo a las más bellas actrices, el prototipo de la masculinidad hollywoodense *(pícaramente)*, siempre con la espada en la mano, pero... dicen que la cabra tira al monte y a mí quienes me fascinaban eran “Sonia Jeine” *(en inglés, Sonja Heine)*, Esther Williams y Carmen Miranda. Si Rita Moreno podía convertirse en una princesa de Burma, yo, Cecilio Agustín Quintero, me podía convertir en una sirena encantada. “Sonia Jeine” se había hecho famosa después de haber ganado las olimpiadas de invierno por su patinaje en hielo y en Hollywood se convirtió en campeona de la taquilla.

*Al hablar de estas actrices la dirección escénica marcará las pantomimas relacionadas con las mismas: patinaje, natación, baile...*

*(Música de fondo: vals Los patinadores. Transición. Cambio de luces)*. A mí me hubiera encantado patinar en hielo, pero en Cuba no hay nieve y el único hielo era el de la nevera, así que cuando en una Navidad todos los muchachos del barrio querían que les regalaran una bicicleta, yo le pedí a los Reyes Magos que me trajeran unos patines de rueditas y me convertí en la “Sonia Jeine” de la cuadra. Agarré un paraguas viejo que había en casa, le quité el mango y lo abrí por el medio y me hice mi “tutú”, que me lo amarraba a la cintura con una soga, y así patinaba por toda la cuadra, para arriba y para abajo, levantando una pierna, después la otra, haciendo piruetas, desplegando todo mi talento. *(Rápidamente)*. Hasta que me gritaron “mariquita”. *(La música cesa con el efecto de un golpe, como si alguien hubiese violentado la aguja del disco rayando su superficie)*.

*(Transición. Cambio de luces. Música de fondo: el tema musical de Cole Porter de la película Easy to Love o Fácil de amar)*. Esther Williams se hizo famosa por sus musicales, a todo color, con espectaculares números acuáticos. Tenía un cuerpo escultural, con una cintura que le

envidiaban las avispas, y que ninguna de mis tías hubiera podido conseguir con aquella constante dieta cubana de frijoles negros y lacón con papas. Mi madre nunca tenía que obligarme a que me bañara... todo lo contrario. La hora del baño era otra oportunidad para demostrar otra de mis muy polifacéticas aptitudes. Me ponía una camiseta de mi padre, que yo me figuraba era un traje de baño, me apretaba la cintura, llenaba la bañera de agua y pretendía nadar como hacía Esther Williams en sus películas. De un lado para otro, chapoteaba con mis inventados números musicales, hasta que llegaba mi madre y me decía que saliera del baño y secara el piso.

*(Transición. Cambio de luces. Música de fondo: canción Mamae eu Quero o Mamá yo quiero).*

Pero a quien yo adoraba era a Carmen Miranda, la explosiva brasilera, con sus extravagantes sombreros y zapatos de plataforma. Después que iba al cine, yo llegaba a casa y me ponía una toalla en la cabeza, que llenaba con platanitos manzanos, limones y rabanitos, y me ponía a dar saltos y a cantar lo que yo creía era una samba, y mi madre, tan buena, lo único que me decía “quítate eso de la cabeza que se lo voy a decir a tu padre cuando llegue”. Pero ella me dejaba y yo seguía bailando al ritmo de mi samba. Yo había nacido para *vedette*, como las de Tropicana o Las Vegas, que salían llenas de plumas y lentejuelas, y se paseaban cadenciosamente por la pasarela. ¡Cómo soñaba con llegar yo algún día y ser la estrella del *show*!

*(Transición. Iluminación anterior a las tres interpretaciones).* Mi padre era un excelente nadador y desde chiquitico me llevaba a la playa. Él había practicado muchos deportes y en su orgullo – y ceguera – de padre anhelaba que yo me convirtiera en la versión criolla de Johnny Weismuller, que se hizo famoso por las películas de *Tarzan*. *(Imita al famoso grito de Tarzan. Sonríe pícaramente).* A mí me encantaba Tarzán, pero lo que yo quería era que me llevara de rama en rama como hacía con Juana....

*(Música melodramática de fondo, como la que se escucha en las películas románticas. Cambio tenue de luces. Sugerencia: la escena puede ser interpretada de dos formas. el actor puede darle un tono humorístico, sobreactuando el texto, o puede interpretarlo con toda seriedad).* Y fue allá en la playa donde conocí a un muchacho que se llamaba Miguel, que era mucho mayor que yo... era hijo de inmigrantes húngaros, de una sensual hermosura varonil, con su piel bronceada, sus profundos ojos azules y su cabello rubio. ¡Cómo me gustaba! Era algo que yo no podía, ni sabía razonar, pero cuando mi madre me decía que íbamos a la playa yo era el primero que se metía en el auto y en cuanto llegábamos lo iba a buscar. Después, por las noches, pensaba en él y en mi mente le componía poemas y canciones que a la mañana siguiente nunca podía recordar. Una vez lo vi de manos de su noviecita, y sentí algo que no me pude explicar, una rabia violenta, intensa, que me hizo detestarla inmediatamente, y por primera vez en mi vida supe lo que eran los celos. Enfurecido, me dieron ganas de separarlos, de gritarles algo, y hasta de ofenderlos... ¿qué hacía Miguel con aquella muchacha?, ¿por qué no me prestaba atención? No sabía qué hacer. Me di cuenta de que estaba llorando y corrí y me metí en el mar para que nadie me viera. Fin de mi película.

*(Transición. Iluminación normal del camerino).* Más tarde me llevaron a un colegio religioso, porque mi madre me quería dar una buena educación y una buena moral, y quería que yo hiciera la primera comunión, y me confirmara, y me convirtiese en un buen católico, y que no comiera “bisté” empanizado los viernes y que no hiciera “cositas feas” en el baño. En aquella época existía la creencia en Cuba que el acné era producto de la masturbación. Y al que le salían granitos en la cara le decían que se tenía que poner un cascabel en la muñeca. Pero las “cositas feas” no eran las que yo hacía en el baño de mi casa... las cositas “feísimas” fueron las del colegio.



(*Transición. Cambio de luces. En la lejanía se escuchan unos cantos gregorianos, a muy bajo volumen*). Allí conocí al padre Emilio, que era un español franquista que parecía un artista de cine, por lo buen mozo que era, y que intentó en vano que en el colegio se jugara “soccer”, cuando en Cuba lo que gustaba era el “béisbol”. Con su sotana negra, alto, esbelto, trigueño, y una sonrisa de mil voltios, me recordaba a Gregory Peck en *Las llaves del reino*. Los domingos, cuando las familias iban a misa, siempre estaba rodeado de las madres de sus alumnos que lo adoraban. Pero el padre Emilio se encarnó en mí. Y para todo me llamaba, para que lo ayudara en el aula, en la capilla, en cualquier parte. Yo iba feliz con él porque, sin saberlo, me atraía. Era un hombre de Dios y en su hermosura creía yo que se reflejaba el cielo. (*El volumen de los cantos gregorianos aumenta levemente*). Pero una tarde, cuando íbamos para casa en la guagua del colegio, el padre Emilio que se sentaba en el último asiento me llamó para que me sentara a su lado, me agarró la mano discretamente y me susurró al oído que le tocara aquel bulto que se le veía por arriba de la sotana. Confundido, traté de retirar mi mano, sentí que el rostro me ardía como si tuviera fiebre. Pero el padre Emilio se sonrió, haló mi mano y con la suya tapó la mía. (*El volumen de la música aumenta*). Por mucho que fuera mi atracción por él, una atracción que en mi corazón infantil no podía asociarla con el sexo, me daba cuenta de que lo que estaba haciendo no lo debía hacer. Finalmente, el bulto desapareció y retiré mi mano. El padre Emilio, muy en voz baja, me dijo que aquello era un secreto de Dios y que no se lo podía contar a nadie. Yo bajé la cabeza y le dije que sí. (*El volumen aumenta aún más*). Esto se repitió muchas veces. Yo subía a la guagua sin mirar hacia atrás, esperando que él llamase a otro alumno. Pero él no llamaba a nadie más y después que el ómnibus arrancaba él me llamaba con cualquier excusa. Aquello me daba mucha vergüenza. Después llegaba a casa y me pasaba una hora en el baño, lavándome las manos. Unos años después que salí del colegio me enteré de que algo pasó y mandaron al padre Emilio para España, cuando debieron haberlo mandado a cadena perpetua o a que le cortaran el pito. (*Los cantos gregorianos cesan*).

(*Transición. Iluminación normal del camerino. Se escucha el sonido de una campana, timbre o unos aldabonazos*). De repente, tocaron a la puerta, una llamada fuerte, inesperada. (*Sonríe*). ¿A que no se imaginan quien? Nada menos y nada más que “pubertad”, esa impertinente e incontenible amiguita tan jacarandosa que a todos nos sorprende desprevenidos, cuando las hormonas comienzan a hacer su *debut* en la escena sexual y nuestro cuerpo se convierte en un hervidero de sensaciones. Y no era cuestión solamente de cogerle la navajita de afeitarse a mi padre, nooo... por todas partes me salieron pelos y vellos que yo pensé me convertirían en King Kong, hasta que una vez frente al espejo miré para abajo y vi que me parecía a Rasputín. ¿Qué cosa era aquel estropajo de cocina debajo del ombligo? ¿Tenía también que afeitarme allá abajo? De noche me ponía a sonar aquellos sueños fantásticos con todos aquellos galanes del cine que me hacían el cerebro agua y cuando me despertaba estaba todo húmedo, como el río Almedares, y tenía que levantarme y cambiarme el calzoncillo. Era la emisión nocturna que yo creía que era un periódico que se publicaba de noche.

(*Alguien llama con voz infantil*). ¡¡¡Ceciiiiilio!!! ¡¡¡Ceciliito!!! (*Ceci presta atención al llamado; sonrío*). Al lado de casa vivía Ignacio, que era un año mayor que yo y al que le decían Nacho. Nosotros éramos amiguitos y siempre jugábamos juntos hasta que a Nacho se le ocurrió un día el jueguito de la comparación. Nos encendíamos en el patio de su casa y nos sacábamos el pipi y comparábamos quién lo tenía más grande. (*Pícaramente*). Yo siempre ganaba. Nacho tenía uno de esos pipis con el prepucio colgante que me recordaba la carúncula en el pico de un guanajo. Era más pellejo que pipi. (*Sonríe*). Según Mireya, la

mujer del carnicero, que se sabía la vida y milagro de todo el barrio, la madre de Nacho vivía muy orgullosa de la talla descomunal de su marido. *(Hace el gesto con las manos)*. Para ella la hombría se medía en pulgadas y su hijo no se podía quedar atrás. *(Madre de Nacho)*. “José Ignacio, tu hijo no salió a ti. Hay que llevarlo a un médico. Mira la edad que tiene y parece que es uno de los enanos de Blanca Nieve. *(Breve pausa)*. No, chico, no, no me refiero a su estatura, me refiero al pito. ¿Tú crees que eso es normal? *(Breve pausa)*. A ver si le da complejo y nos sale un mariconcito. Yo lo quiero como tú. Mañana mismo me lo llevo a ver al doctor Peralta”. *(Breve pausa)*. Y la madre cargó con Nacho a ver al médico que le puso unas inyecciones de no sé qué hormonas y en menos de lo que cantaba un gallo Nacho se apareció con barba, bigote, y un miembro de la realeza, un órgano que hablaba cuatro idiomas, más grande que el que hay en la catedral de san Patricio en Nueva York. *(Sonríe)*. La casa de Nacho estaba muy pegada a la nuestra, y la ventana de mi cuarto quedaba frente a la venta del baño de Nacho. Y cuando yo oía que la madre gritaba “Nacho, vete a bañar”, yo corría a mi cuarto y me encaramaba en una silla. Nacho se metía en el baño y abría la ventana para que yo lo viera y comenzaba a jugar con el nuevo juguete que le había regalado el doctor Peralta. *(Breve pausa)*. Y después el jueguito pasó a su cuarto, cuando los padres salían de la casa y yo le decía a mi madre que me iba a casa de Nacho. Y después todo se acabó. Nacho se fue por su rumbo a hacer su vida, y yo la mía. *(Ceci continúa hablando a medida que se realizan varios efectos especiales. Primero, a intervalos, en diferentes lugares de la escena, se ven unos reflejos de luces de variados colores que se encienden y se apagan. El ritmo de las luces se acelera de acuerdo con lo que indique la dirección escénica. Después se escucha un murmullo de voces. Sigue el sonido de una orquesta que afina sus instrumentos antes de comenzar un show. Una bola de cristales cuelga y gira en el centro de la escena reflejando las luces de colores. Se escucha una obertura musical como introducción a un show de variedades. Finalmente, el número musical)*. Nacho decía que yo tenía cosas de “mujercitas”. Quizás se lo había oído decir a alguien en su casa. Quizás porque no sabía cómo explicar que éramos diferentes. *(Sonríe)*. A algunos les gusta los frijoles negros, y a otros, los frijoles colorados. Al parecer, mi individualidad me marcaba como algo discordante en un mundo monocromático que rehúsa aceptar a los que rompen el molde impuesto por la sociedad. Una de esas figuras que rompió con todos los convencionalismos, fue la genial, fabulosa y controversial Josephine Baker. El color de su piel la hizo huir de la segregación norteamericana para convertirse en la diosa de los escenarios de París. Los teatros se abarrotaban con un público delirante, fascinado ante la exótica belleza y sensualidad de “La Platanito”, como le decían por usar solamente una saya de plátanos en uno de sus números musicales. Y hasta hubo un crítico francés que la cuestionó impertinente preguntándose si aquel bello animal de ébano no era quizás un hombre. Estuvo en Cuba cinco veces y cinco veces la fui a ver. Desde su primera presentación en La Habana “La Baker” fue toda una sensación y por todas partes se hablaba de ella. Pero la mezquindad humana también la hirió en Cuba, en una tierra donde se suponía que blancos y negros eran iguales cuando se le negó hospedarse en el Hotel Nacional. Para mí, y para muchos, menospreciados por nuestra sexualidad Josephine Baker vino a simbolizar en aquel momento el espíritu indomable en contra de la ignorancia, y al identificarnos con ella nos convertimos en sus primeros admiradores. Nuestro mundo, oprimido y reprimido, la abrazó y en sus canciones y en su espectacular vestuario encontramos una forma de expresarnos como nunca antes lo habíamos hecho.

*La escena explota en colores y música. Ceci interpreta Esto es felicidad, la canción que el compositor cubano Orlando de la Rosa compuso para Josephine Baker en su primera visita a La Habana.*

*Transición. Cambio de vestuario.*

Después, el otro lado de la moneda. Del *glamour* a la sencillez, del espectáculo extrovertido y electrizante a la canción emocional y apasionada. La Habana era como un imán y nunca dejó de atraer a las figuras más famosas de la escena y la pantalla. Como un rosario que se iba desgranando en música, ritmo y estilo de todas partes del mundo aquellas voces continuaban llegando y abarrotando los teatros o hipnotizando a los televidentes cuando finalmente la pantalla chiquita vino a reemplazar el arte vivo. (*Breve pausa*). Y ella también llegó a La Habana. Le decían “el gorrión”, el alma de Francia, y muy diferente a la Baker su estilo era íntimo, profundo, y su vestuario era simple, discreto, casi humilde, sin maquillaje, ni lentejuelas. Se presentó por televisión, pero lamentablemente se puede decir que pasó casi sin pena, sin glorias, como si casi nadie le hubiese querido prestar atención, por un público habanero decepcionado, que esperaba otra cosa porque no la supo comprender. Había vivido y había sufrido, herida de amores en un cuerpo frágil que parecía se desvanecería en cualquier momento. Pero era un torrente de voz, de pasión, y su presencia y su dolor hizo que nosotros, incomprendidos e ignorados, volviésemos a encontrar en su arte un rincón donde resguardarnos, un alma gemela. Una vez dijo “aun en mis canciones más tristes, dejo la puerta abierta para un poco de esperanza, porque así es la vida, hoy alegre, mañana triste, pero siempre hay una puerta abierta donde se puede encontrar la felicidad”. Y sin hablar su idioma entendíamos el lenguaje de su voz. Era... señoras y señores... Edith Piaf. (*Las luces se apagan abruptamente. Comienza a escucharse la canción Non je ne regrette rien. Una poderosa luz blanca cae perpendicularmente sobre Ceci que interpreta la canción*).

(*Transición. Iluminación normal del camerino*). Con esa inocencia que nos caracteriza cuando no hemos vivido mucho, una vez le pregunté a mi abuela qué cosa era un solar. Yo siempre iba con mi abuela con todas esas preguntas porque si iba a preguntarle a papá, él me decía “pregúntale a tu madre”, y si le preguntaba a mamá, ella me decía “ve y pregúntale a tu padre”. Mi abuela, que era muy inteligente y tenía mucha experiencia, era la única que sabía cómo contestarme y, por supuesto, yo era su nieto favorito. (*Sonríe*). Porque yo era el único nieto que tenía.

*Transición. Cambio de luces. Comienza a escucharse un mosaico de congas, rumbas y comparsas, al principio muy lejano, con el volumen bajo, que en el transcurso de la escena se hace más intenso y alto. Ceci interpretará todas las voces de la escena.*

(*Como la abuela*). ¿Un solar? (*Reflexiona por unos segundos*). En España, Cecilito, solar se dice de la casa más antigua y noble de una familia como, por ejemplo, un caserón solar.... una casa solariega....

(*Ceci como niño*). ¿Abuela, y en La Habana hay muchos solares?

(*Como la abuela, sonríe*). Sí, yo creo que en La Habana hay algunos.... yo diría que bastantes.

(*Ceci como niño*). ¡Ay, abuela!, yo nunca he visto un solar. Llévame a ver uno.

Y mi abuela se vistió, y se arregló, como se arreglaban las señoras en aquella época, que para salir de la casa eran unas verdaderas modelos de elegancia, y no como hoy en día que cualquier blusa rota y un pantalón de parches dicen que es la moda. Tomamos la guagua y me llevó a La Habana Vieja, que era de calles estrechas y casas muy viejas. Fuimos a una esquina donde había una tienda de chinos, donde vendían toda clase de frutas y vegetales. Los aguacates más grandes, los mameyes más hermosos y las guanábanas más olorosas,

arregladas como en un concierto de colores con tomates, berenjenas y chirimoyas. Mi abuela se paró frente a la tienda y me señaló un viejo caserón lleno de cuartos, persianas y tenderas de ropas, que se alzaba unos cuantos pisos.

*(Como la abuela, señala).* Cecilito, ese es un solar.

*(Ceci como niño).* ¡Ay, qué viejo, abuela!, tiene que ser de una familia muy antigua.

Y mi abuela me explicó que ahora era una casa de vecindad donde vivían familias de escasos recursos, pero que cada casa tenía su historia que se remontaba al siglo pasado o al anterior, y que en esa vivieron sus bisabuelos. Me explicaba mi abuela todo esto con lujo de detalles y mucho orgullo cuando al puesto de frutas llegó un joven, alto, delgado, con unos modales muy finos... demasiado finos.

*(Como el joven, con amaneramientos).* Felipe, chino, estos aguacates están lindos... ¿están para hoy? *(Breve pausa).* Bueno, dame tres que quiero hacer ensalada y guacamole cubano. Y una piña, pero que esté madura, no me la vayas a dar podrida que tú eres muy “pícarón”, y media libra de cebollas.

Mi abuela hablaba explicándome lo del solar, pero yo me había fascinado con aquel joven taaaan delicado y ya no le prestaba atención. Repentinamente, de la casa colonial salió una rubia, de senos inmensos y nalgas gigantescas que me hicieron pensar que si hubiese estado en el hundimiento del Titanic nunca se hubiese podido ahogar. Con paso rápido, y furiosa como una pantera, cruzó la calle y fue directamente a hablar con el joven que seguía entretenido con sus compras de piñas, aguacates y cebollas.

*(Como la rubia).* Óyeme, Abelardito, óyeme lo que te voy a decir. Como yo te vuelva a coger haciéndole ojitos a mi marido, tú vas a saber quién soy yo.

*(Como el joven Abelardito, rimbombante y amanerado).* ¡Ay, Carina, ni que tu marido estuviese tan bueno, ni nada por el estilo! Tú eres la que lo debes amarrar a él. Cuando él me ve, sabe que el producto es bueno, mi vida, y de calidad, no “churiburri” como otras personas....

*(Como la rubia Carina, belicosa).* ¿Tú te estás refiriendo a mí, chico?

*(Como el joven Abelardito).* A la que le venga la saya que se la ponga.

*(Como la rubia Carina, aún más molesta).* Mira... *(Se detiene).* Mira, no me hagas decirte una barbaridad. Mi familia, ya tú quisieras, es de alcurnia. Yo vengo de marqueses y marquesas, pa’ que tú lo sepas.

*(Como el joven Abelardito).* Sí... marqueses y marquesas... serán los de la comparsa. *(Ríe).*

¡Ay, Carina!, no te vengas a dar pellizquitos en el ombligo que todo el mundo sabe que tu padre era “bolitero” y tu abuelo cumplió condena en El Príncipe.

*(Como la rubia Carina).* ¡Ay, mariquita de mierda!

Y se le abalanzó inesperadamente, entrándole a golpes. Abelardito se defendió como pudo, y agarró una piña y comenzó a darle piñazos por la cabeza. La trifulca fue en aumento. Las guanábanas y las berenjenas volaban, y Carina le reventó un aguacate en la cara a Abelardito que parecía que se había maquillado de verde. Algunos trataron de intervenir, pero la furia de Carina era incontenible. De un empujón tiró a Abelardito por la acera. Mi abuela me agarró por una mano y tratamos de refugiarnos en el puesto de frutas. Los chinitos, atemorizados por el escándalo, comenzaron a cerrar el gran portón de metal cuando Carina aterrizó en un estante de melones y fruta bombas. Armada de la más grande fruta bomba que pudo encontrar se levantó y se la tiró a Abelardito que ya iba cogiendo otros colores, rojo de los tomates y morado de las berenjenas. Los chinitos pudieron cerrar el portón y mi abuela y yo nos refugiamos en la tienda. Afuera el escándalo seguía hasta que llegó la policía y cargó con Carina, Abelardito, y cinco libras de

frutas machacadas. Mi abuela me miró, y me dijo, “mi’jo, ese es un solar”. (*Música a todo volumen. Luces de colores. Termina bailando la conga o la comparsa*).

(*Transición. Iluminación normal*). Eddy y yo nos conocimos en el Intermezzo, un bar que había en La Habana, donde cantaba Juana Bacallao, una mulata “jacarandosa” que era muy popular entre los *gays* por su gracia y picardía... hasta que comenzaron las redadas. Yo creo que La Habana era la ciudad más *gay* del mundo. Tenía muchos bares y *cabarets*, muy populares, algunos exclusivamente para los *gays*, pero otros donde se mezclaban los “chivos” y las “chivas”, que era como nosotros llamábamos a los heterosexuales, con los “entendidos” que era la palabra clave para identificarnos. Pero ya estábamos marcados. (*Se escuchan autos, frenazos, protestas, confusión de voces*). De repente, por todas partes llegaban las guaguas y los carros de la policía revolucionaria y cargaban con todo el mundo. Ellos sabían dónde se congregaban los homosexuales y comenzaron a barrer la ciudad convertidos en una nueva gestapo. Los homosexuales fueron prácticamente los primeros judíos de la revolución.

Una tarde, frente el antiguo Teatro Nacional del Centro Gallego, donde se estaba exhibiendo una película soviética de *El lago de los cisnes*, estacionaron un camión del ejército, y a medida que el público salía arrestaban a los que ellos consideraban (*irónicamente afeminado*) sospechosos.

(*A su amigo*). Espera, espérate, no salgas ahora. Si salimos nos van a llevar. Me dijo el acomodador que estaban cargando con todos los que no salen acompañados de una mujer. Siéntate, vamos a ver la película de nuevo. Dale tiempo a que se vayan. No se van a pasar toda la tarde ahí.

En una oportunidad se aparecieron después de las doce de la noche frente al *nite club* Johnny 88, donde cantaba Meme Solís y su grupo y cargaron con todos los hombres. Y hasta en la playa, fuera de La Habana, en un área despoblada entre las playas de Boca Ciega y Santa María del Mar que se le decía “loquilandia” llegaron con carros del ejército y metralletas y se llevaron a todo el mundo.

(*Paulatinamente la luz cambia a un tono azul, para dar la sensación de la luz de la luna y se escucha, suavemente, el rumor de las olas*). El delito era que ni siquiera en aquella hermosa playa, tan desierta, tan alejada de miradas severas, nos podíamos reunir para compartir unas horas de esparcimiento. ¿De qué horrible enfermedad padecía la revolución que se aterrorizaba simplemente ante el afecto y la ternura de dos seres del mismo sexo? Por mucho tiempo nos habíamos acostumbrado a reunirnos allí para disfrutar del día y de la noche, de la arena y el mar. Al atardecer, cansados de tanto sol, de tanto nadar, algunos nos recostábamos en la orilla dejando que el agua nos acariciara, mirando hacia el cielo que había dejado de ser azul. (*Se escucha la melodía lejana de una guitarra*). Eddy decía que él quería ser cometa para irse bien lejos, ser libre y navegar los espacios. Yo, por mi parte, quería ser luna, para verlo todo de noche. El grupo de amigos nos rodeaba, y uno al que le decían Pucho, que siempre traía su guitarra, comenzaba a tocar aquellas melodías que hicieron famosa la música cubana. Algunos cantaban. Eddy, inspirado, recitaba los *versos sencillos* de Martí.

Si ves un monte de espumas,  
es mi verso lo que ves,  
mi verso es un monte, y es  
un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal

que por el puno echa flor,  
mi verso es un surtidor  
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro  
y de un carmín encendido,  
mi verso es un ciervo herido  
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada,  
mi verso, breve y sincero,  
es del vigor del acero  
con que se funde la espada.

*(Cambio de luces a su ambiente anterior)*. Fue allí, en la playa, en la casa de una familia que Eddy conocía y que el alquilaba de vez en cuando que pasó lo de nuestro amigo Guillermo... algo que ha pasado muchas veces y seguirá pasando y que no tiene nada que ver con la sexualidad porque el corazón no reconoce el sexo.

La gente continuaba marchándose del país y la familia de Antonio, el amante de Guillermo consiguió la salida. Desde que se conocieron Guillermo creyó que su amor sería el único y que nunca más tendría otro, que Antonio y él estarían juntos hasta la muerte. La separación fue un golpe muy grande para Guillermo que solo pensaba en cómo poder salir de Cuba para reunirse con Antonio en New Jersey. *(Breve pausa)*.

*(La escena comienza a tomar tonos azules)*. Con frecuencia hablaban por teléfono y Antonio pretendía darle esperanzas, diciéndole esas cosas que Guillermo quería oír, que él nunca lo olvidaría, que seguía amándolo, y que muy pronto se volverían a ver. Era un mundo de mentiras con las que trataba de ocultar la triste realidad. Quería convencerse de algo que ya no era posible... que el amor de Antonio no era un espejismo, sino algo verdadero y no una falsedad...

*Ceci, en el centro de la escena ha girado dándole la espalda al público. Toma una gran estola, de un largo extremo y se la coloca sobre los hombros y deja que el resto caiga al suelo. Se escuchan los primeros acordes del bolero de Olga Guillot, Miénteme. Ceci comienza a girar, terminando de frente al público. Una luz azul ilumina al actor. Ceci interpreta a la Guillot en su totalidad. Breve pausa.*

El tiempo y la distancia, a veces, son un cuchillo que nos hiere y nos aleja de todo lo que al principio fue sonriente y maravilloso. Y así, finalmente, llegó lo que tenía que llegar. Un día se recibió una carta de Antonio que Guillermo me trajo para que la leyera.

*(Mientras Ceci lee el texto las luces comienzan a disiparse)*. Lamento mucho no haber podido hablar contigo, pero cuando llamaste estaba en el taller pues nos dieron más horas de trabajo, y un dinerito extra no viene mal. Hace días que quería hablar contigo, pero prefiero escribirte porque quizás me pueda expresar mejor. Guillermo, creo que ha llegado el momento de tomar una decisión. Tú allá y yo aquí, y todo parece que nunca jamás nos volveremos a ver y no me parece justo, ni para ti, ni para mí, que no podamos rehacer nuestras vidas. El destino nos jugó una mala pasada, pero creo que los dos tenemos derecho a buscar un nuevo camino, a ser libres con nuestras emociones, y quizás encontrar una nueva esperanza. Te ruego no interpretes esto como falta de cariño pues fue mucho lo

que te quise, pero yo no puedo seguir viviendo así. Quizás sea difícil aceptar esta realidad, pero el tiempo, que es siempre el mejor de los médicos, nos ayudará y lo que un día fue una ilusión se convertirá en una gran amistad. Espero que tú me comprendas y no me juzgues duramente. Con amor, un abrazo, Antonio.

*Todo en oscuro. Solamente el rostro de Ceci queda iluminado. Transición. Canción: No puedo ser feliz. Para esta escena el autor sugiere tres alternativas: interpretación del actor con su propia voz y música de piano; utilizar la grabación de 1998 de Omara Portuondo con Chucho Valdés; utilizar la grabación de Bola de Nieve.*

*(Las luces recuperan su intensidad inicial. Transición).* Inconsolable, la vida de Guillermo se volvió un infierno. Por su juventud, por su inteligencia, por su simpatía, Guillermo tenía muchas razones para seguir luchando y entre Eddy y yo tratábamos de alentarle. Pero fue inútil, y un fin de semana se suicidó. Después de un día de sol y mar, decidimos ir al cine, pero Guillermo dijo que prefería quedarse. Cuando regresamos, a eso de las once, y abrimos la puerta, el olor a gas era espantoso. Abrimos todas las puertas y ventanas, y nos encontramos a Guillermo muerto, tirado en el piso de la cocina. *(Se escucha el timbre de un teléfono).*

*(Ceci hablando por teléfono).* Oigo... sí, es el que habla... ¿Cómo? ¿Antonio?... Hola, ¿cómo estás?... ¿qué tú quieres que te diga?... Lo enterramos la semana pasada... Yo prefiero no hablar de eso, total, si nada se va a resolver, tú hiciste lo que tú creías que tenías que hacer y él hizo lo mismo... llevaba muchas noches sin dormir, parecía un *zombie*... nosotros tratamos de ayudarlo, pero tu carta le cerró el camino a las esperanzas que tenía... estar contigo representaba algo doble para él, la libertad y el amor... se pasaba las horas sin decir nada... ¡ay, Antonio!, los cubanos no creen en psicología, ¿quién iba a convencerlo de que fuese con un psiquiatra?... lo sé, pero lo que pasó, pasó... ¿nosotros? No sé. A la primera oportunidad que se nos presente nos vamos de aquí, en avión, en bote, en “zeppelin”, en una bañadera, pero nos vamos... está bien... buena suerte... adiós. Guillermo se había convertido en otra estadística. Para muchos no hubo otra alternativa de cómo salir de aquel infierno y el suicidio se convirtió en la forma más fácil de escapar para siempre de lo que parecía no tener solución.

*(Breve pausa).* Yo siempre me he preguntado qué es lo que pasa después que uno muere. ¿Será cierto que hay otro mundo y por eso la gente se quiere ir de este? ¿Es nuestra vida la única vida? ¿O existe un lugar un poco más dulce que este? En el colegio nos hablaban del cielo y del infierno. El cielo era el paraíso, pero el infierno era un lugar horrible, de tinieblas, donde Dios nos condenaba para siempre si nos permitíamos pensamientos impuros o deseábamos la mujer del prójimo... que en mi caso era imposible, porque a quien yo deseaba era al marido de la mujer del prójimo.

Yo no creo que Dios sea tan malo. Toda esa gente que se dicen expertos siempre hablando de la palabra de Dios... que Dios dijo esto en el Antiguo Testamento, y que Dios dijo lo otro en el Nuevo Testamento, y que Dios habló con Moisés, y con san Juan Bautista, y con Pat Robertson y Billy Graham y quién sabe si hasta con Walter Mercado... y que según Corintios 25 dijo que no se podía comer carne de puerco y en Romanos 48 que se abstuvieran de la fornicación. Siempre he tratado de imaginarme cómo sería si yo pudiera hablar con Dios....

*(Transición. Repentinos truenos y relámpagos. Las luces parpadean. Iluminación brillante sobre Ceci).*

VOZ. Hola...

CECI. (*Mirando hacia arriba, hace como si se cubriera los ojos con el antebrazo por la fuerte luz celestial*). Hola...

VOZ. ¿Puedo entrar?

CECI. Por supuesto... adelante...

VOZ. Tú sabes quién soy, ¿no?

CECI. No estoy muy seguro, pero si tú eres Dios, tú tienes que ser cubano.

VOZ. ¿Por qué?

CECI. Porque los americanos siempre te avisan antes de venir y tú has llegado sin llamar.

VOZ. Es que he llamado varias veces y nadie me contestaba.

CECI. A lo mejor fuiste a otra dirección, porque yo todas las noches estoy aquí. (*Sonríe*). ¿De verdad que tú eres Dios?

VOZ. ¿Tienes alguna duda?

CECI. No sé... es que estaba pensando en que serías diferente... Yo te hacía a ti como Charlton Heston.

VOZ. Tú has visto muchas películas. Dios no puede tener ningún tipo. Puedo ser hombre, puedo ser mujer...

CECI. ¿Con esa voz?

VOZ. No te dejes llevar por las apariencias.

CECI. ¿Y *gay*?

VOZ. El hombre fue creado a mi imagen y semejanza.

CECI. ¿Entonces tu también puedes ser *gay*?

VOZ. Yo no puedo hacer excepciones. Mi imagen y semejanza no quiere decir que seamos idénticos, sino que se parecen a mí porque en mí están todos.

CECI. ¿Heterosexuales, homosexuales, bisexuales...?

VOZ. Todos quiere decir todos. Suma y conjunto de todas las partes integrantes sin excluir ninguna.

CECI. Pero hay muchos que dicen conocerte y nos excluyen, dicen que somos contrarios a la naturaleza y que jamás heredaremos el reino de los cielos.

VOZ. ¿Y tú crees todo lo que te dicen?

CECI. Por supuesto que no, pero son los que están convencidos que el SIDA es un castigo divino. (*Con énfasis*). Dicen conocerte, dicen haber hablado contigo y dicen que yo soy un engendro de la naturaleza. Y hay millones que se lo creen.

VOZ. ¿Que tú entiendes por engendro?

CECI. La nariz de Michael Jackson...

VOZ. Eres cómico.

CECI. Las cosas a veces no se pueden tomar tan serias. Es una forma de sobrevivir.

VOZ. Entonces, ¿no te parece cómico que si yo soy el Dios Todopoderoso me hubiera tenido que tomar seis días para crear el mundo y hubiera tenido que irme de vacaciones en el séptimo, cuando lo hubiera podido crear todo de una palmada? (*Se escucha una palmada*). ¿O no te da risa que hubiese necesitado de una costilla para la creación de la mujer cuando la mujer es una rosa y el hueso tan duro? (*Se escucha el golpear de un hueso sobre una superficie*). Era una forma de explicar lo que para ellos no tenía explicación. Recuerda que creían que la tierra era plana hasta que llegó Colón.

CECI. ¿Comprenderán algún día que yo nací así, que esto no es un proceso de selección?

VOZ. A nadie se le hubiera ocurrido pedirle a Picasso que cambiase su estilo para que hiciese juego con la decoración de la casa. Por supuesto que tú eres así. Sigue con tu propia decoración. Yo no te pido que cambies.

CECI. Otros, sí.



VOZ. ¿Quién es más importante? El sol es sol, el viento es viento, el mar es mar, y tú eres tú.

CECI. Yo soy yo. No hay nada que hacer.

VOZ. No, pero yo tengo una recomendación.

CECI. ¿Qué cosa?

VOZ. Que aprendas a manejar.

CECI. Yo manejo.

VOZ. No (*enfáticamente*), que aprendas a manejar.

CECI. ¿Tú crees que yo no sé manejar?

VOZ. Tú vives en Miami, ¿no?

*(Repentinos truenos y relámpagos. Las luces parpadean. Transición. Iluminación normal).*

CECI. La muerte de Guillermo nos dejó muy deprimidos, pero el Mariel nos dio una esperanza. En un momento inesperado se presentó una salida, un camino, la ilusión de escribir un nuevo capítulo... aunque quizás no estábamos preparados para la nueva vida. Uno siempre está dispuesto para vivir en libertad, pero algunos no saben cómo vivir en libertad.

*(En este párrafo, el actor puede pretender que enciende y fuma un cigarrillo de marihuana, o de la mesa puede tomar uno y fumarlo mientras habla).* La primera vez que me fumé un pito de marihuana fue en una fiesta en La Habana, en una de esas reuniones que hacíamos en casa de algún amigo que ya vivía solo porque la familia se había ido y donde alguien se apareció con la fabulosa yerba. La marihuana era la medicina que necesitábamos en aquel momento para creer que estábamos en otro mundo. Si no éramos libres, por lo menos podíamos crearnos una ilusión, un mundo de fantasía donde no había muros, ni rejas, ni océanos que nos encerraran, ni turbas que nos persiguieran y nos entraran a porrazos. Y de ese mundo de fantasía, sin inhibiciones de ninguna índole, surgieron mis interpretaciones. *(Apaga el cigarrillo. Comienza a transformarse).* Al principio me buscaba retazos de tela y me inventaba mis trajes de noche, que trataba de copiar de aquellas películas musicales que nunca había olvidado. *(Toma una tela, se para frente al espejo, y se la coloca como modelando un vestido).* Aquí lo único que se necesita es un poco de imaginación. Si tío se inventó un carburador para su Chevrolet, yo me invento mi "vedette". *(Breve pausa).* No está mal. Tiene una pinta linda, pero no para traje largo... ¡Ah, claro!, podría hacerlo como un vestido de *cocktail* y ahorrar tela. Las mangas pueden ser de tres cuartos, así luce más elegante y no tengo que afeitarme debajo del brazo. Aprieto aquí un poco en la cintura y con una banda puedo hacerle el cinturón. *(Se deshace de la tela. Ríe).* Con un plumero viejo me ingení mi primera peluca. Debería haberla guardado de reliquia para llevarla a un museo. Una amiga de Eddy trabajaba en Tropicana y de vez en cuando me traía algún traje viejo, zapatos y unas plumas y lentejuelas que yo convertía en mi vestuario. Mi abuela tenía todavía una de esas máquinas Singer del pedal abajo y ella misma me enseñó a coser. Ella no era boba, ella sabía que su nieto llevaba la comparsa por dentro. Me convertí en la Coco Chanel del barrio. *(Se pone un vestido y modela frente al espejo).* Después comencé a crear un repertorio con aquellas cantantes que se habían convertido en ídolos, las primeras damas de la música cubana.

*(Transición. Cambio de luces más tenues, más íntimas).* Poco a poco, comencé a transformarme en... "La señora sentimiento", Elena Burke. *(Da una vuelta y canta brevemente una de las melodías de Elena Burke, imitándola, sin terminar la canción y empatándola con la siguiente).* "La muñequita del bolero", Blanca Rosa Gil. *(Gira y hace lo mismo imitando a Blanca Rosa Gil).*

“La reina del guaguancó”, Celeste Mendoza. (*Imita una movida canción de Celeste Mendoza, marcando unos pasos y moviendo la cintura*).

Y mi triunfo, mi diosa, la Yiyiyi, La Lupe, la que no tenía comparación con ninguna otra. (*Repentinamente se escucha la más conocida canción de La Lupe que el actor dobla e interpreta en su totalidad. Rápido cambio de luces de colores brillantes*).

(*Nota: las personificaciones de Elena Burke, Blanca Rosa Gil y Celeste Mendoza pueden ser interpretadas por el actor, a capella, con su propia voz, o pueden ser grabaciones que el actor doblará, pero nunca en su totalidad. Las tres grabaciones deben oírse en forma continua, con interludios para asistir a la transición, una vez que el actor identifica a la cantante*).

(*Transición. Iluminación del camerino. Se despoja del vestuario improvisado*). Poco a poco se regó la voz y la gente comenzó a venir. La mayoría eran gays que buscaban un poco de entretenimiento, y quizás de escapismo.

(*Como un desconocido*). Ceci... Ceci... felicidades, fue una interpretación estupenda...

volveré nuevamente... déjeme confesarle algo que usted no se imagina. Por muchas razones, estaba bastante deprimido, y de muy mal ánimo. Un amigo me pidió que lo acompañara a ver el *show* y solo porque me insistió tanto vine. Le juro que le quedo muy agradecido. Hacía mucho tiempo que no sonreía... gracias... gracias de todo corazón.

(*Breve pausa*). Aquello me alentó, tenía algo de magia, poder poner una sonrisa en un rostro triste. Y, sin embargo, nunca pude ayudar a mi inolvidable Guillermo. Quienes conocieron a Guillermo siempre lo admiraron. Era un muchacho de muy bellas cualidades. Simpático, generoso, y masculino, muy masculino. (*Sonríe*). Uno de esos criollos que llevan muy bien puesto el nombre de cubanazo. Eddy también. Cualquiera que lo viene a saludar no espera encontrarse con (*extiende la mano en un saludo imaginario y dice con voz fuerte*) ... mucho gusto, ¿cómo estás? Aunque hay cientos y cientos, y miles y miles, de homosexuales que son plomeros, bomberos, contratistas, carpinteros, peloteros, albañiles, futbolistas, y muchas otras más ocupaciones relacionadas con lo que se considera “lo masculino”. Lo primero que recuerdo desde muy pequeño era cómo la gente llamaba “invertidos” a los que se dedicaban (*irónicamente*) a ciertas profesiones o eran amantes de la cultura. A nadie se le hubiese ocurrido dudar de la sexualidad de Orlando “El Duque” Hernández, el famoso lanzador que se escapó de Cuba y logró triunfos en las Ligas Mayores. Pero si en vez de béisbol “El Duque” se hubiese interesado en un tinte de Clairol, otro gallo hubiese cantado.

(*Rápidamente, con voz de mujer*). ¡Ay, Cuqui, qué peinado más lindo! Te ves muy bien. Te has quitado veinte años de encima.

(*Con otra voz de mujer*). ¿Tú crees? Es que me fui con el estilista ese que se escapó de Cuba que tiene nombre de alcurnia (*intencionalmente con un tono malicioso*), “El Duque”, que es un experto con las tijeras. ¡Qué bueno es! Dicen que era el peluquero de la Vilma Espín, tú sabes, la mujer de Raúl Castro. ¡Y qué caballero es! Tú sabes, chica, que a veces no parece invertido. Luce más masculinoooo... Yo no creo que sea...

(*Interrumpe, con la voz de la primera*). Muchacha, todos esos son “pajaritos”. ¿Qué tú puedes esperar de un hombre que se pase todo el día entre mujeres hablando de “rollos” y peinados? Niña, eso se pega. En menos de seis meses se les olvida que tienen pito y se creen que tienen una vagina.

(*Con la voz de la segunda*). Ay, chica, ¿de verdad?

(*Con la voz de la primera*). Sí, hija, sí. Todos esos peluqueros, decoradores y diseñadores son así. ¿Por qué tú te figuras que tienen tan buen gusto? Porque son mujercitas por dentro.

(*Breve pausa*). Yo tuve la suerte de que mi abuela fuera una mujer muy interesada en la cultura, que leía mucho, y que me inculcó el amor al arte, y mis padres jamás me forzaron para que yo fuese a jugar béisbol si lo que me interesaba era la música, el ballet y la ópera. En el colegio y en el barrio si jugaban pelota, baloncesto o *volley-ball* nadie me quería en el equipo. No es que era malo, es que era pésimo. Yo creía que había heredado un gene que hacía que cada vez que me tiraban una pelota la dejaba caer.

En La Habana se presentaron las más famosas estrellas de la ópera y yo me pasaba horas oyendo los discos de mi abuela, pretendiendo que era soprano y tratando de interpretar a Violeta en *La Traviata*, a *Madama Butterfly* o a *Carmen*. (*Sonríe*). Yo estaba convencido de que para ser soprano había que ser gorda, y me ponía la bata de casa de mi abuela que rellenaba con almohadas (*puede hacer lo que dice y se pone una bata que rellena con cojines*) ...y me ponía a cantar las arias más famosas (*con su propia voz, cómicamente, canta Siempre Libera de La Traviata*).

(*Deshaciéndose de la bata y los cojines*). Pero esas mujeres eran muy desgraciadas. ¡Pobrecitas! La Violeta muriéndose de tuberculosis, la Carmen, como la guantanamera, termina a puñaladas, y la Madama Butterfly haciéndose el *hara-kiri*. (*Sonríe*). ¡Ay, no, qué deprimente! Iba a terminar cortándome las venas. Lo que necesitaba era alguien... una... donde se mezclara el garbo, la sandunga y la zalamería de lo español y lo africano... donde en el ritmo de sus canciones su público encontrara la alegría de vivir... la risa eterna que siempre ha sido tan nuestra... y esa fue la diosa de todos los cubanos, “la única”, ¡Rita Montaner! (*Sin interrupción, comienza a interpretar una de las canciones más famosas de su repertorio, Mamá Inés, del compositor Eliseo Grenet. Si la dirección escénica lo considera pertinente, en un momento del parlamento anterior, el actor, discretamente, se puede pegar o pintar en la parte superior de la frente, casi a la derecha, un lunar, que fue un marcado símbolo en el rostro de Rita Montaner*).

(*Deshaciéndose de la bata y los cojines. Transición. Cambio de vestuario, sencillo pero elegante traje de noche. Paulatinamente, las luces comienzan a disminuir y la escena toma tonos azules. Se escucha una música de bandoneón*). Pero hubo una voz que cautivó a todo un continente que enamorado de ella la conocía como “La novia de América”: Libertad Lamarque. Sus canciones, interpretadas desde su propio corazón, cruzaron fronteras, se hicieron famosas, y a su paso por La Habana, donde dejó la huella de su arte y el calor de su amistad, su público las cantaba con ella. De menuda estatura, pálida como el marfil, de ojos negros llenos de una luz ardiente y lánguida, con una sonrisa delicada, y de una belleza sencilla como las frescas flores de los arriates bonaerenses, cantaba el tango de su tierra con pasión y sentimiento. El tango, esa melodía arrabalera donde se mezclan la sensualidad, la nostalgia y la melancolía, encontró en su voz dulce y aguda el mejor exponente. Grabó cuatro canciones en Cuba, donde simplemente se le adoraba y donde la gente, cada vez que se presentaba, se arremolinaba frente a la taquilla del teatro para comprar boletos. Se hizo reina, no solo de la escena, sino también del cine y la televisión. Antes de irse para siempre vino a Miami a cantar de nuevo todas esas melodías que la hicieron inolvidable. Su voz ya se había apagado un poco, pero cantaba sus tangos con la misma apasionada cadencia. Su nombre, inconscientemente, llegaría a tener para mí un significado muy especial. Libertad, palabra sagrada que encierra la aspiración de cada ser humano porque se le respeten sus derechos, el bien más valioso y preciado de la vida que nos garantiza una existencia de infinitos horizontes. Y es con la esperanza de algún día volver que la voz de Libertad

Lamarque parece decir todo lo que siente mi corazón. *(En un extremo de la escena, bajo una paliza luz azul, interpreta Volver).*

*(Nota muy importante: al revisar su texto, para incluir el número de Rita Montaner, el autor ha eliminado la romanza de La viuda alegre que sigue, pero que no ha descartado y que conserva aquí, quizás para uso futuro si no se desea utilizar lo de Rita Montaner. Este cambio se hizo para el estreno de la obra en Nueva York).*

*(Otra importante sugerencia: para producciones en América Latina se eliminará el pasaje de Rita Montaner y se incluirá en su lugar a Libertad Lamarque en el espacio correspondiente. La canción sugerida es el tango Volver, que Libertad Lamarque cantaba con frecuencia).*

Hasta que descubrí *La viuda alegre*, ¡tan pizpireta, tan coquetina, tan atrevida, y tan elegante! ¡Y tan popular en Cuba! *(Transición. Se pone un enorme sombrero, toma una boa que se enrolla en el cuello, y un abanico, y dobla Vilia).*

Cuando llegamos a Nueva York la marihuana se conseguía mas fácil que conseguir empleo. Ese fue el primer paso, el *kindergarten* de lo que vendría después. Eddy, siempre tan presumido, haciendo ejercicios con la devoción del que va a misa, luciendo aquel cuerpo de perfección helénica, se molestaba y me decía que dejara eso, que me iba a hacer daño. Pero yo me reía y no le hacía caso, hasta que poco a poco fui entrando en un mundo que me llegó a dominar. Una noche me desperté con unos horribles dolores bajo vientre. *(Grita).* ¡Eddy! ¡Eddy! ¡Corre, ven acá! Eddy, por favor, ayúdame... me siento muy mal... es un dolor muy fuerte... aquí, aquí... parece como si tuviera un cuchillo cortándome en dos... ¡ay!, ¡cómo me duele, Eddy! ¡No puedo ni moverme!

Angustiado, Eddy me llevó al hospital. Estaba blanco como la pared y había comenzado a vomitar. Pero la sangre nunca llegó al río. El pánico se convirtió en un simple ataque apendicular. Y me operaron. A los pocos días me dieron de alta. Eddy me había dicho que no dejara de llamarlo para irme a buscar. Eddy ya había sido diagnosticado con el virus del SIDA y había tenido algunos problemas con su salud, con unas enfermedades que los doctores llaman “infecciones oportunistas”, como la que nosotros llamábamos en Cuba “culebrilla”, que es una erupción o salpullido que le salió por la cintura y le dolió muchísimo, y unos hongos que se le aparecieron en la boca que eran como unas manchas blancas. Afortunadamente, las rebasó, pero siempre con el miedo que otra enfermedad peor apareciera, como las que habían llevado a la tumba a tantos de nuestros amigos. Debí haberlo llamado, pero yo no lo llamé. Salí del hospital como un enajenado y me fui directo al West Side de Manhattan, a un edificio viejo y abandonado donde nos reuníamos todos los que pertenecíamos al horrible club de las drogas y donde siempre estaba rondando Chavo, que era el abastecedor de la mercancía. *(Se escucha una música de salsa en la lejanía).* Su madre, Elvira, era la encargada de la plata, una vieja latina que llevaba muchos años en Nueva York, hablaba muy bien el español y nadie sabía de dónde era. Si eras cubano, te decía que ella era de La Habana. Si eras dominicano, te decía que era de Santo Domingo, y así con todos los “clientes” de su hijo.

*(Voz de Elvira).* Eh, llegó el artista, ¿cómo te va? Hace días que no se te veía por aquí.

*(Se escucha la sirena de un auto de la policía. El reflejo de una luz roja gira brevemente por todas partes).*

*(Voz de Elvira).* Ahí van esos hijos de puta. Espérate, déjalo que se aleje... sigue conversando como el que no quiere las cosas... tú sabes que nos tienen con el ojo

arriba... ya, mira, ya dobló la esquina... ¿Cómo te ha ido? Pensé que a lo mejor te habías ido de Nueva York.

*(Ceci le contesta)*. Es que llevaba unos días en el hospital... no, no, no fue nada de importancia, una operación del apéndice... *(Hace el gesto de pagar)*. Mire, esto es todo lo que tengo... por favor, Elvira, que usted me conoce a mí y nunca le he dejado de pagar... en el hospital no necesitaba dinero, solo tenía esto por si acaso, pero mañana seguro que se lo pago... está bien, con intereses, pero vamos... *(Extiende su brazo)*. Me hace falta ese toque... mire como están las venas, listas...

*(Breve pausa)*. Me pasé casi veinte y cuatro horas en una orgía de cocaína y heroína donde nada ni nadie me importaba, donde me exponía a contraer yo también el virus del SIDA.

*(Breve pausa. El camerino se oscurece)*. Finalmente pude desprenderme de todo aquello. Estaba sucio y maloliente. Eran más de las siete de la noche, la ciudad ya estaba oscura y nevaba cantidad. Algo me decía que me apurara, que regresara al apartamento. *(Comienzan a escucharse ruidos de la ciudad)*. Tenía el brazo hinchado y amoratado de los agujonazos de la jeringuilla. Siempre tuve la precaución de ponerme camisas de mangas largas, aun en el verano, para ocultar las marcas de las drogas. Caminaba tan rápido que la herida de la operación comenzó a dolerme aún más. Sentía que el corazón se me quería salir del pecho de la ansiedad y de toda la heroína que me había inyectado. No sé por qué, pero me atormentaba pensar que me iba a encontrar a Eddy muerto, que debía haberlo llamado. Muerto, solo, en el apartamento y yo metiéndome las singadas drogas por las venas. Yo no tenía a nadie más. Creía que nunca iba a llegar. Las calles me parecían largas, angostas, oscuras... interminables. La nevada se hacía cada vez más intensa, lo que me hizo pensar que seguramente era de una de esas tormentas invernales que terminaría por enterrar a la ciudad en nieve. El cielo tenía un color negro más negro que de costumbre. En Cuba, hasta el cielo en tiempo de ciclón es diferente. *(Cesan los ruidos de la ciudad)*. Llegué al piso y abrí la puerta. El apartamento estaba oscuro, frío. El hijo de puta del *super* no había puesto la calefacción. Lo llamé y prendí la luz de la sala. *(Luz tenue)*. No estaba allí. Me quedé un poco más tranquilo. Seguramente había salido a comer o a comprar algo. Me tiré en el sofá y me quedé dormido. Un ruido me despertó. Era Eddy que acababa de regresar, cubierto de nieve de pies a cabeza. Estaba furioso. Había ido al hospital donde le habían dicho que yo me había ido solo. Temiendo lo que había hecho comenzó a buscarme por todas partes. Sabía perfectamente de lo que la droga es capaz. Traté de explicarle, pero ya no me escuchaba, me gritaba, enfurecido, lo que siempre me había dicho. Y no podía contestarle. Se fue a su cuarto y de un portazo se encerró. Decidí que era mejor esperar hasta el día siguiente.

### *Oscuridad total.*

*(Lentamente, el camerino recupera su iluminacion)*. Por la mañana me levanté bien temprano, hice café, pero Eddy no salió de su cuarto. Me puse a arreglar el apartamento que necesitaba una buena limpieza. *(Sonríe)*. Mis primos son tan machos y heterosexuales que no saben ni lo que es un plomero. Yo, por el contrario, aprendí a limpiar, cocinar, coser, cómo destupir una tubería de la cocina, cómo pintar una casa o cómo cambiar la llanta de un auto. *(Breve pausa)*. A eso de las once, al ver que Eddy no salía decidí entrar en su cuarto. Toqué en la puerta, pero no me contestó. Entré. Estaba metido en la cama, cubierto de colchas y frazadas, y titiritando como un muñeco. Le toqué la frente. No tenía necesidad de ponerle el termómetro para saber que tenía fiebre alta. Salí al pasillo y llamé a Paquito, un vecino, que era muy buena gente. Paquito me dijo que era mejor que llamara

a una ambulancia. Yo pensaba que se me iba a morir. Me sentía tan culpable... Lo llevaron inmediatamente para el área de cuidados intensivos. (*Se escuchan, en inglés, las llamadas del autoparlante del hospital, como “doctor Ferguson, emergency, please”*). El médico me dijo que estaba muy grave, que tenía neumonía. Y si se me moría Eddy, me moría yo. Eddy se me moría y yo no podía hacer nada. Yo generalmente nunca he sido pesimista, pero esta vez vi la muerte muy de cerca, tan real, que me sentí encerrado en un cuarto oscuro de donde no podía salir porque yo mismo había botado la llave. En el colegio, una vez, un cura me preguntó que por qué yo siempre me estaba riendo, que la vida era un asunto serio. Le contesté que por eso mismo había que reírse. Tenía que enfrentarme a tantas cosas que era mejor armarme de un poco de humor. Pero ahora, no. Ahora, Eddy se me moría y era mi culpa. Fue entonces que me di cuenta cómo lo quería, cómo lo necesitaba, todo lo que el significaba para mí. La vida sin Eddy no podía ser vida. Lo único que me importaba era estar a su lado y ahora se me podía ir como el agua entre las manos. (*Breve pausa*). Pero navegamos con suerte y Eddy rebasó la crisis. Cuando salió del hospital estuvo más de una semana sin hablarme. Finalmente me dijo que si no dejaba las drogas más nunca me volvería a ver.

(*A Eddy*). No, Eddy, por favor, no seas así... yo te prometo que voy a cambiar, que todo esto se acabó... ya sé que te lo he prometido mil veces, pero ahora es distinto. Si tú te vas entonces el que se jode soy yo... tú y yo siempre hemos estado juntos... yo te prometo que yo hago lo que haya que hacer, lo que tú quieras que yo haga... por favor... pero no te vayas, te lo ruego... ¿te acuerdas cuando íbamos a la playa y nos sentábamos a la orilla del mar y yo decía que quería ser la luna? (*Breve pausa*). ¿Recuerdas? Pues la luna no puede brillar sin el sol. Quizás te suene cursi pero tu siempre has sido mi sol.

(*Breve pausa*). Y Eddy me acompañó a uno de esos programas que hay en Nueva York, donde lo ayudan a uno de salir de este mono que uno tiene sobre la espalda, como dicen los americanos, comiéndonos la vida. (*Sonríe*). No sé si el programa fue bueno o si fue el miedo de perder a Eddy, pero pude salir de aquella pesadilla.

Fue entonces que nos mudamos para Miami. A la corta o a la larga Miami siempre tiene esa atracción que hace que todos terminemos aquí. Cuando salimos de Cuba decidimos no quedarnos en Miami e irnos a Nueva York. Nueva York es la escuela del recién llegado, allá todo se aprende, allá todo se encuentra, es el ombligo de este país. La vida es distinta porque al “nuyorkino” le importa un carajo la vida de los demás, nadie se mete con nadie y el Village... el famoso Greenwich Village del bajo Manhattan era un imán. Cuando llegamos, aún en la nostalgia de nuestra Habana, tan diferente todo, nos sentimos que encajábamos allí, que teníamos un futuro, que nos sentíamos bien recibidos y respetados. y todo nos fue bien... Eddy, que había estudiado en la Academia de Arte de San Alejandro, comenzó a pintar de nuevo. Yo, por el día, como sabía coser, trabajaba en la séptima avenida, en una compañía que hacía patronos para vestidos de mujer. Y por la noche hacía un *show* donde interpretaba a cantantes cubanas que se hizo muy popular. La ciudad estaba llena de latinos y el *show* fue un *hit*. Comencé como en Cuba, interpretando a Celeste Mendoza, Elena Burke y Olga Guillot, mis divas del alma, y por supuesto a La Lupe, pero lo que más le gustaba al público era mi interpretación de Celia Cruz. ¡Se volví locos y me gritaban títulos de canciones!

(*Sonríe*). Hasta que interpreté la salida de *Cecilia Valdés* en esta bata fabulosa que yo mismo me diseñé y cosí. El público se arrebató. Fue entonces que decidí cambiarme de nombre y ahora soy Ceci... La Ceci... por la calle me ven y los que me reconocen me dicen “Ceci...” (*Levanta los brazos en un aspaviento*). ¡Síiiiiiiii! Ese era nuestro grito de guerra en Cuba. (*Lo repite y se ríe*). ¡Síiiiiiiii! Cómo le jodía a la gente esa mariconería.

*(Se escucha una voz)*. Ceci... cuando quieras... el número final...  
CECI. Ya estoy listo.  
VOZ. ¡Ah! Te llamó una tal Nancy y dijo que la llamaras lo más pronto posible.  
CECI. ¿No te dijo que era lo que quería?  
VOZ. No, solamente que era muy urgente.  
CECI. Está bien... *(De frente al público, el dolor se refleja en su rostro. Toma la foto de Eddy y la mira intensamente. Reacciona y recita)*.

No es, no, de amor la pena que me abruma,  
no es de celos la fiebre que me abrasa,  
no es de acero el puñal que me traspasa,  
ni es de fastidio mi dolor, en suma  
es una imagen leve como espuma,  
que vive en mi alma y de mi ser no pasa,  
y que está siempre cual flotante gasa  
suspensa entre mis ojos y mi pluma.  
Un vago sentimiento, una memoria,  
mezcla feliz de lágrimas y horrores,  
de afán supremo y borrascoso duelo,  
la ausencia, en fin del centro de la gloria,  
el recuerdo de Cuba y de sus flores,  
y el adiós de sus palmas y su cielo.

*Con ternura coloca la foto de Eddy donde estaba. Se inclina ligeramente, sopla y apaga la velita que tenía encendida enfrente a la imagen de Santa Bárbara. Se compone. Se voltea y camina hacia el fondo de la escena y se detiene, de espaldas al público. Se escucha una grabación con los acordes de la salida de Cecilia Valdés, del compositor cubano Gonzalo Roig. Después de los acordes se escucha el coro.*

CORO. *(Grabación)*. Cecilia... Cecilia... Cecilia Valdés...  
CECI. *(Aparta las cortinas del fondo de la escena. Un reflector la ilumina. Grabación)* Sí... yo soy Cecilia Valdés... *(Sale y al salir cierra las cortinas)*.

Apagón.  
Fin.